

Carpintería

*Yo llevo por el mundo
en mi cuerpo, en mi ropa,
aroma de aserradero,
olor de tabla roja.*
Pablo Neruda

Sentía tu olor a madera desde antes que entraras a la casa. Como el aroma de las flores, me llegaba tu olor antes que tu cuerpo sudoroso que se abalanzaba sobre la jarra de agua. Regresabas de la carpintería bañado en polvo de mieles y con tus cabellos espolvoreados de bronce rojizo. Yo que te había esperado por horas, no podía abrazarte porque me ensuciaba el uniforme. Corría a tu cuarto a traerte las pantuflas, a veces recibía el codiciado beso de gratitud. Otras veces, yo te besaba probando con la yema de mis dedos una pizca del polvo de madera que cubría tu ropa.

Por unos pedazos de dulce cedro recorrías la ciudad entera y cuando llegabas con el árbol muerto —así le decíamos en lengua de niños— para depositarlo en la carpintería, se abría la rama del dolor en mi cuerpo. No descansarías hasta que el árbol fuera mesa, silla o baúl de viaje. Cargabas el árbol como si fuera un hijo, lo contemplabas por eternos minutos que para mí eran horas que me robaban de ti.

Al día siguiente madrugabas a las cinco de la mañana para empezar la faena de despresar el ancho tronco en largueros y mitades. El ruido ensordecedor de las máquinas nos despertaba a todos. Sabíamos que tu hambre de cedro rompía el orden de las horas. Madrugas más y volvías tarde en la noche, cuando ya estábamos acostados.

Entrar a la carpintería estaba prohibido para los menores, por el peligro de las máquinas y por nuestras manos siempre traviesas que cambiaban de sitio herramientas y maderos. Yo acometía la osadía de atravesar el enorme solar al final de la tarde, cuando las sombras comenzaban a reinar, y mamá, perdida en la cocina, no notaba mi ausencia.

Caminaba sigilosa entre árboles y flores, hasta llegar a la ventana de la carpintería. Desde allí te admiraba embebido en tus labores, esperando que me descubrieras y me dejaras entrar. Siempre llegaba la noche y yo, firme como un lucero, seguía mirándote. No sentías mi respiración frágil, ni mi llanto ahogado. Tus ojos eran todos para la madera.

Cuando te veía alistarte para entrar a la casa, me armaba de valor para atravesar el solar en medio de la noche y regresar a casa soñando con ser un pedazo de madera para ser acariciada por tus manos firmes.

Mesa

En cada grano de arena hay un derrumbamiento de montaña.
Dulce María Loynaz

Existe un mundo debajo de las mesas. Cuando los niños éramos exiliados a comer en la cocina y la enorme mesa rectangular del comedor se ampliaba para albergar a los invitados, me sumergía debajo de la mesa y, en mi quietud de estatua, entraba en ese otro mundo. Los largos manteles bordados por la abuela amurallaban mi refugio.

Las primeras veces escuchaba con la misma atención que ponía en la clase de aritmética, tratando de no perder ninguna palabra de los del mundo de arriba. A pesar de mis esfuerzos, las palabras llegaban quebradas y confusas. Y el exilio parecía mayor que si estuviera comiendo en la cocina con mis hermanos.

Una noche descubrí el mundo debajo de las mesas. La tía Victoria, que se preciaba de su elegancia y me regañaba siempre por caminar descalza, se quitó los zapatos y pude ver las suelas comidas por los andenes que ella también frecuentaba. Olvidé entonces las palabras que se cruzaban arriba y concentré mi atención en el amplio tablero que me rodeaba.

Una noche vi a la vecina que iba a misa todos los días, y que estaba sentada entre su esposo y mi padre, cuando ponía su mano sobre la pierna de mi padre y esperaba a que la mano de él la cubriera. Así pasaban largos ratos mientras mamá iba y venía de la cocina trayendo postres y café, y yo contenía la urgencia de separar esas dos manos.

Cuando llegaban los invitados y nos permitían saludarlos, fijaba mis ojos en sus zapatos y hacía lista mental de ellos para poder identificar lo que sucedía debajo del mantel. Varias veces vi un sobre blanco que pasaba de la mano del abuelo a la de la vecina recién enviudada. Una noche tuve el sobre entre mis manos, mientras la mano temblorosa de ella lo esperaba debajo del mantel. No pude retenerlo, esa mano lo imploraba. Comprendí sus manos cómplices y el trajín del amor que se movía debajo de la mesa.

Las huellas de un mundo amurallado, quedaban allí trazadas para mis ojos curiosos que ahora sabían que hay un mundo arriba y otro debajo de las mesas. ■

Lucía Donadío (Colombia)

Poeta, narradora y editora. Publicó el libro de poemas *Sol de Extremadelio*.

